

Rosa Elvira Álvarez: cascabel y campana

Nuestro homenaje a la mujer panameña se extiende por el mes de marzo. Esta semana, Fuerza femenina está dedicada a dos figuras, pilares en sus campos de trabajo: la literatura y la antropología.

MARGARITA VÁSQUEZ

Nacida en 1915 en David, en donde pasó su infancia y primera juventud, Rosa Elvira Álvarez partió hacia Los Ángeles, California, terminada su escuela, porque se interesaba en el cine. Allá se casó y vivió hasta 1992, año de su muerte. En su primer libro, Nostalgia (1942), publicado durante la II Guerra Mundial, tradujo su exilio voluntario de esta manera: /Llevo una angustia en los ojos//y otra más honda en el alma/.



Cortesía

Su poesía transmitía entonces el ritmo de la rumba, el tango, los pasillos, las castañuelas y las maracas, el tranvía, la radio, el ómnibus, el ascensor, el sol inconstante, el mar plateado, la nieve, los recuerdos del Risacua, el encerramiento obligado por el clima y la seguridad de saber que la juventud es un período pasajero. Tenía 27 años.

En 1952, en Romance de la montuna, usaba un vocabulario nativo: icaco, caimito, cornezuelo, la quema, los potreros, la titibú, los rastros, la guacamaya, el gallito de monte, el perico, la flor del espíritu santo y lugares de su tierra. Pero a este libro pertenecen también los poemas en los que comienza a aludir al implacable transcurrir del tiempo.

En Ambivalencia se define a sí misma como cascabel y campana. Su poesía es cascabel para divulgar risas, temblores y vibraciones propias del amor femenino, siempre atravesado por la pena:

Este dolor redondo del cascabel que ríe y tiembla y vibra es de mujer. La campana habla de Dios con voz grave interior que aparenta alegría, y se quiebra en un llanto solitario. Su sonido penetra en el

santuario de la intimidad.

En la grave alegría de la campana, lloro yo cada día dentro del alma. En su poesía también hay alusiones al matrimonio infeliz. A Rosa Elvira no le fue muy bien en el matrimonio. Adicional a eso, su hija y su madre murieron antes que ella.

El sabor más amargo está en la miel y un cascabel de nupcias luna de hiel. Pero no hay que confundirse. Tras la soledad hay un placer incitador:

Sombría noche eterna en la campana y un gozo en el reverso de la manzana.

En 1968, en *El alba perdurable*, su poesía anda sola, entre /humo de cigarrillos/ enganchada, dice, en una luna nueva que parece una hoz, el blasfemar del viento, el amor de los trenes, de las hélices, de la seda de los pañuelos, del perfume de los lirios. En *Para*

volver a mí describe una búsqueda personal, y encuentra la figura del campesino panameño, /tendido como un mangle en mis orillas/, con una saloma a flor de labios. En *Llegaste como un río*, describe la pasión amorosa:

En su luz reverbero, espejeo en su flama, se me ahoga en mis ondas y lo nado y me nada.

Yo me quedo dormida como un ancla enterrada en un limo de rosas o en un verde de algas. En 1970 escribe 'Signo Lúgubre', del libro *Siete sonetos al Escorial*, en el que la M visible en la palma de la mano de la hija es la marca de la muerte. En el mismo libro, la voz lírica llora a la madre y a la hija, y dirá:

Estas penas de mujeres son penas que no se olvidan. Rosa Elvira Álvarez le cantó al dolor de ser mujer, a la patria lejana, a la vida, a la muerte y al amor. Su poesía será siempre alba perdurable.

